

Bienal de Venecia, cien años

**ADOLFO
CASTAÑO**

El treinta de junio de este año, la Bienal de Venecia cumplirá cien años. Si para un hombre cien años de existencia son un largo trecho de vida, para Venecia, ciudad más que centenaria, los cien de la Bienal son sólo un adorno más de su rara belleza tocada por el tiempo.

Pero lejos, fuera de Venecia ¿cómo se vivirá la efemérides? ¿nos conmoverá, y cómo, la frase "cien años de la Bienal de Venecia"?

Todos nosotros nos hemos encontrado con la Bienal en uno u otro momento de nuestra vida, pues la andadura de la Muestra se ha ido tejiendo con el curso histórico del siglo, siglo inventor de voces poéticas artísticas, cuyas presencias todavía son visibles y válidas.

La Bienal, en su principio, fue concebida como una exposición internacional de artes plásticas, y mantuvo ese carácter restringido hasta iniciados los años treinta, en los que la música, el teatro y, sobre todo, el cine se hicieron hueco en ella. El carácter de la Bienal con toda seguridad continuaba el

ARTE

espíritu que informaba los Salones de París, pues en su organización económica hay un dato importante: hasta 1930, fecha en la que se constituyó como sociedad autónoma, dependía

«La Bienal, durante el largo periodo en el que no hubo otra Muestra Internacional en la que competir, sin una vida galerística abierta y todavía sin infraestructuras nacionales de exhibición, cumplió una más que sobresaliente función cultural, que, inevitablemente, aprovechó en cuanto tuvo ocasión el poder.»

de la administración municipal.

En nuestro país se vivirá la efemérides con el distanciamiento que ofrece la seguridad de contar con una estructura propia que mantiene la permanencia de distintas Ferias de Arte; también con una estructura museística que asegura la presencia del arte nacional e internacional para nuestro uso y consumo. Y por parte de aquellos artistas que participaron en una u otra de las Bienales, con el grato recuerdo de una experiencia que, certificando su valor nacional, lo exportaba al ámbito internacional, con la seguridad de su éxito.

Lo cierto es que la Bienal, durante el largo periodo en el que no hubo otra Muestra Internacional en la que competir, sin una vida galerística abierta y todavía sin infraestructuras nacionales de exhibición, cumplió una más que sobresaliente función cultural, que, inevitablemente, aprovechó en cuanto tuvo ocasión el poder.

El poder, cualquier clase de poder, siguiendo consciente o inconscientemente su instinto, reconoce oficialmente el valor de las artes, pero las teme; teme su libertad que no comprende, libertad que puede transgredir, y transgrede, cualquier orden o consigna ajena a sus propias necesidades. Y para dominar a las artes, el poder las aplaude e incluso las premia, en ninguno

de los casos con un auténtico conocimiento de su valor, utilizando para proteger y conservar su fuerza, cualquier recurso eficaz y astuto que afecte a las conductas. Así, con su doble juego aplauso-recelo mantiene activas dos clases, diferenciadas y a la vez complementarias, de censura: la que encarna su misma presencia y la que se imponen a sí mismos los autores que conviven con él.

El poder es inteligente, pero no saludable: extravía el conocimiento equitativo del arte, no crea mecanismos educativos que vayan del menos al más; tampoco respeta la libre elección basada en la pluralidad del gusto y no favorece la iniciativa si no puede revertiría en favor de su propia imagen.

A todos estos vaivenes se ha visto sometida la Bienal de Venecia a lo largo de su existencia. No podemos olvidarnos de los años en que se cuajaron las ideologías dictatoriales, tampoco de su momento de esplendor, ni de la eclosión conflictiva de las libertades que tuvo lugar tras su caída, que tuvieron en ella — el arte es un barómetro altamente sensible— un claro y manifiesto reflejo.

Volviendo la mirada hacia nosotros, refiriéndonos a nuestra historia artística interna, como corolario de la reflexión sobre los cien años de la Bienal ¿cuál es el estado de nuestro sector artístico?.

De extravió.

«En vista del panorama, nos asalta la certeza de que el arte para nosotros es sólo una pieza de caza a repartir entre los miembros de una muy peculiar tribu, no un valor en sí mismo.»



De extravió por culpa de la confusión que se ha establecido entre la realidad y los poderes, no sólo del poder público, sino también de los poderes privados e incluso de los particulares.

En vista del panorama, nos asalta la certeza de que el arte para nosotros es sólo una pieza de caza a repartir entre los miembros

de una muy peculiar tribu, no un valor en sí mismo.

Para empezar, advertimos la incoherencia que supone mezclar en la misma copa cultura con poder, poder siempre limitado a unos pocos años de solvencia, con el peligro que entraña nuestra afición inveterada a destejer lo que otros tejieron previamente, arruinando así cualquier tentativa de progreso.

Luego la continua falta de *chauvinismo* que nos lleva a mirar continuamente al exterior, buscando fuera un crédito que dentro nos concedemos de soslayo y a desgana.

Después de las exposiciones faraónicas, actitud descabellada que favorece pequeños intereses, descuidando una administración más justa y más equitativa de los presupuestos.

Los poderes privados no van a la zaga de estas objeciones, como tampoco los particulares. Todos cometen los mismos errores, errores que terminan por desalentar al espectador, no incluido todavía en la tribu especializada, para que siga con sus averiguaciones, par que entienda de una vez los laberintos del arte.

La Bienal de Venecia cumple dentro de poco cien años. Si para un hombre cien años de existencia son un largo trecho de vida, para Venecia y el Arte son únicamente la muestra de su constante permanencia.